

Imprimir

Una vez más, me encuentro atrapado en el dilema de oponerme a una guerra ilegal desatada por los Estados Unidos y sus aliados contra un país cuyo régimen rechazo con vehemencia. Es una carga ingrata, pero que los occidentales de izquierdas tenemos el deber de asumir, para no legitimar a los regímenes a los que nos oponemos, tanto en el país que está siendo bombardeado como en Occidente.

En 1999, tras haber hecho campaña anteriormente contra el régimen de Slobodan Milošević, denuncié el bombardeo de la OTAN sobre Yugoslavia. En 2003, tras dos décadas de campaña contra Saddam Husein, me manifesté contra la invasión de Irak por parte de la coalición norteamericana. En 2011, aunque era crítico con el régimen de Muamar el Gadafi, me opuse a los bombardeos liderados por los Estados Unidos sobre Libia que la convirtieron en un Estado fallido. El año pasado, aunque horrorizado por el despiadado reinado de Bashar al-Assad, lamenté las maquinaciones de los Estados Unidos e Israel que entregaron Siria a un antiguo miembro de Al Qaeda. Y ahora, después de haber celebrado la rebelión “Mujer, Vida, Libertad” tras la muerte de Mahsa Amini estando detenida, y tras haber criticado durante muchos años la teocracia de la República Islámica, el capitalismo de amiguetes y la brutalidad con las mujeres y las minorías, escribo estas líneas para condenar, con todas mis fuerzas, el plan norteamericano-israelí para destrozar Irán.

No se trata de neutralidad. Esto no es “neutralidad entre ambas partes”. Se trata del deber de la izquierda occidental. Cuando la pandilla que gobierna nuestro barrio lanza un ataque no provocado contra una pandilla que tampoco aprobamos, matando a transeúntes inocentes, nos negamos a permanecer neutrales o a tomar partido. Denunciamos a ambas, pero reconocemos un deber especial y primordial, el de detener a nuestra pandilla: porque son *nuestros* impuestos los que financian sus bombas, es *nuestro* silencio el que otorga consentimiento, son *nuestros* gobiernos los que están matando, en *nuestro* nombre.

Así pues, echémosle un vistazo a nuestros pandilleros. La afirmación occidental de que los Estados Unidos y Europa, por no hablar de Israel, quieren democracia, estabilidad y normalidad en Irán es una fabulación. Los orígenes de la tragedia iraní de la postguerra se remontan al golpe de Estado anglo-norteamericano de 1953 que derrocó al gobierno

democráticamente elegido de Mohammad Mosaddeq, por tener la audacia de querer el petróleo iraní para el pueblo iraní. Fue entonces cuando los Estados Unidos y el Reino Unido perdieron toda pretensión moral como defensores de la democracia iraní al restaurar el poder absoluto del Sha, un monarca corrupto y autocrático que gobernaba Irán como un feudo para las corporaciones occidentales. Para mantenerlo en su trono de pavo real, la CIA ayudó a crear y adiestrar a la SAVAK [Oficina de Inteligencia y Seguridad Nacional], una policía secreta tan brutal que se convirtió en sinónimo de tortura. A lo largo de 26 años, los gobiernos de los Estados Unidos y el Reino Unido hicieron todo lo posible por negar a los iraníes cualquier atisbo de democracia. Una larga trayectoria de autoritarismo desencadenó la revolución de 1979 que derrocó al Sha.

Fue una revolución amplia y popular que, en un principio, movilizó no solo a islamistas, sino también a liberales, socialistas y comunistas. Sin embargo, los movimientos laicos que apoyaron al ayatolá Jomeini y vitorearon su regreso del exilio en París no sabían que Washington se había alineado con las facciones islamistas más reaccionarias en cuanto se dio cuenta de que los revolucionarios iban a triunfar. ¿Uno de los primeros actos bárbaros del nuevo régimen? La detención y ejecución sumaria de los dirigentes del Tudeh [Partido de las Masas], el gran partido comunista que había apoyado a Jomeini. Este intercambio de favores entre Washington y el régimen islámico durante la Guerra Fría, debería hacer reflexionar a los izquierdistas de hoy que viven bajo la ilusión de que la República Islámica está próxima a la agenda y los valores antiimperialistas de la izquierda.

Por supuesto, hay una razón por la que a los izquierdistas occidentales les resultó bastante fácil dejarse seducir por los elementos antiimperialistas y más populistas de la República Islámica. Las contradicciones, en las que la izquierda debería deleitarse, no pueden ser más intensas en el caso de la República Islámica: un régimen que adoptó, por un lado, un discurso antiimperialista como parte de su proyecto global para resucitar una ficticia edad de oro islámica, mientras que, por otro lado, aplastaba a la izquierda y su agenda emancipadora.

La confusión se agravó a la luz de la mayor fortaleza de la República Islámica. En marcado contraste con las plutocracias suníes, el movimiento chií liderado por Jomeini demostró cierto

compromiso con las masas pobres y desoladas del mundo musulmán que incluía no solo la redistribución de la renta y, al menos inicialmente, campañas anticorrupción, sino también un apoyo genuino a los palestinos, a quienes casi todos los regímenes árabes habían abandonado por aquel entonces. Todo ello ofrecía una fuente poco común de esperanza emancipadora.

Tal como cabía esperar, esto condujo también a un enfrentamiento directo con los rivales suníes de la República Islámica. En 1980, incitado por Washington y financiado por Kuwait, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, Sadam Husein invadió Irán. Si alguna duda había de que Sadam fuera un títere de Estados Unidos, recordemos lo que ocurrió cuando, en 1987, un avión de combate iraquí disparó misiles Exocet contra el buque USS *Stark*, matando a 37 marineros norteamericanos e hiriendo a 21: el presidente Reagan declaró que “el villano de la historia es Irán”, a la vez que los diplomáticos norteamericanos volaban a Bagdad para impartirle a Sadam su absolución. En 1988, Sadam recurrió al uso de armas químicas contra las aldeas kurdas de Irak, ataques de los que los Estados Unidos tenían conocimiento y en los que fueron cómplices. Años más tarde, tras la invasión norteamericana de Irak, circulaba un chiste en Washington: “¿Cómo sabe usted que Sadam disponía de armas químicas?”, le preguntaban al portavoz de la Casa Blanca. “Es que guardamos los recibos”, respondió.

Las credenciales antiimperialistas de Teherán también se vieron reforzadas por la invasión israelí del Líbano en 1982, que dio lugar a un movimiento social y de resistencia financiado por Irán: Hezbolá. Esto le permitió al régimen iraní presentarse, con cierta justificación, como la única potencia regional dispuesta y capaz de proteger a los palestinos en particular y a los árabes en general de la violencia israelí, al tiempo que proporcionaba algunos servicios sociales básicos a los pobres. Además, a medida que la desigualdad alcanzaba niveles sin precedentes en la región, especialmente tras el enorme aumento de la mano de obra excedentaria a nivel mundial, el atractivo de Irán entre las masas se disparó. Como era de esperar, los Estados del Golfo vecinos de Irán se mostraron preocupados y, por ello, unieron sus fuerzas con los Estados Unidos para “contener” a Irán.

En 1991, una disputa familiar occidental llevó a los Estados Unidos a invadir Irak. Sadam

estaba furioso porque Kuwait, que a instancias de Washington y las plutocracias del Golfo le había prestado gran parte del dinero para librar la guerra de ocho años contra Irán, le pedía que le devolviera el dinero, y estaba aumentando tanto su producción de petróleo que los propios ingresos de Irak se estaban tambaleando. Sadam, ya porque fuese confundido por los norteamericanos o porque los malinterpretó, pensó que contaba con su bendición para ocuparse de Kuwait invadiendo el país. Una vez que pisaron las botas norteamericanas suelo sagrado en Arabia Saudí, el fundamentalismo suní condujo a la formación de Al Qaeda, a la tragedia de las Torres Gemelas y a la desastrosa invasión de Irak por parte de Bush hijo, lo que, a su vez, dio lugar al ISIS, otro movimiento terrorista suní. Todos estos acontecimientos hicieron que la República Islámica pareciera moderada y relativamente progresista: un país que, aunque se alegraba de apoyar a los movimientos de resistencia popular locales que se enfrentaban a los enemigos regionales de Irán (en Palestina, Yemen, etc.), nunca invadió directamente ningún otro país y que resultó fundamental en la lucha contra Al Qaeda y, lo que es más impresionante, en la eliminación del ISIS.

A la luz de esta rica y trágica historia, la República Islámica debe entenderse como un poderoso sistema surgido de una crisis que se prolonga desde hace décadas, provocada por los Estados Unidos y alentada por Israel. Pero igualmente importante resulta comprender su economía política, que entra en contradicción con su postura antiimperialista hacia el exterior y se muestra hostil hacia todo lo que representa la izquierda. Desde los años 90, la privatización ha estado en pleno apogeo en un Irán en el que la facción reformista consideraba la inversión extranjera y la integración en el mercado mundial (esencialmente la Unión Europea y el Reino Unido) como único vehículo para contener su crisis. Al mismo tiempo, la coalición conservadora, bajo dominio de la Guardia Revolucionaria, estableció y controló empresas privatizadas, con el objetivo de expandirse a los mercados regionales.

Después de que Trump 1.0 pusiera fin al plan de Obama de reintegrar a Irán a los circuitos occidentales de comercio y finanzas, la facción conservadora se alineó de manera oportunista con China y, en menor medida, con Rusia. Sin embargo, durante todo este tiempo, han estado aplicando medidas de desregulación y eliminando las ayudas a los pobres, lo que ha provocado levantamientos populares espontáneos que reclaman justicia

social. Luego, la crisis de 2008, que vio a China emerger como fuerza estabilizadora a escala global, motivó que la facción conservadora se volviera aún más hacia China y Rusia con la esperanza de eludir las sanciones norteamericanas y aliviar las tensiones que había causado su propio capitalismo de amiguetes.

Avancemos hasta 2022, cuando el asesinato de Mahsa Amini, una kurda suní de 17 años, desencadenó el movimiento “Mujer, Vida, Libertad”. Los comentaristas occidentales, cayendo una vez más en el error de las ilusiones proyectivas, imaginaron que ese levantamiento era prooccidental. No fue así en absoluto. Más bien, combinaba el descontento causado, por un lado, por la creciente desigualdad tras el giro de la economía iraní hacia un neoliberalismo con características islámicas conservadoras y, por otro, por las tensiones étnicas, sobre todo entre los kurdos.

Esa rebelión se vio derrotada no sólo por una represión brutal, sino, lo que es más importante, por la invocación al miedo a la desintegración del país: la perspectiva de que Irán se convirtiera en una nueva Siria o una nueva Libia, algo que ansía Benjamin Netanyahu y en lo que lleva años tratando de cooptar a los Estados Unidos para que lo haga realidad. Por eso el régimen sigue contando con el apoyo continuado de un amplio sector de la población, incluidos aquellos que, por lo demás, se oponen ideológicamente al régimen: pueden esperar y rezar por el fin de la República Islámica, pero también consideran que la desintegración de Irán es un mal peor que el régimen actual. Plenamente conscientes de que Trump y Netanyahu no pueden ni quieren traerles un Irán estable y democrático, las bombas norteamericanas e israelíes que hoy caen sobre ellos dan lugar a una mayor tolerancia hacia el régimen actual...hasta por parte de sus oponentes.

Y así llegamos hasta hoy: Mojtaba Jamenei, hijo de Ali Jamenei, es ahora el nuevo líder supremo de Irán. Los Estados Unidos e Israel han matado a su padre, a su madre, a su esposa, a su hermana y, muy probablemente, a uno de sus hijos. El régimen es brutal, impopular entre amplios sectores de su propia juventud y económicamente esclerótico. También es producto de 70 años de arrogancia y agresión occidentales. No va a desaparecer con los bombardeos. No se moderará por las sanciones. ¿Qué debe hacer y decir la izquierda

en este contexto?

Debemos, sugiero, empezar por responder a los imperialistas liberales que nos preguntan: “¿Pero qué pasa con las mujeres? ¿Y la libertad?”. A ellos les digo esto: las mujeres de Irán no necesitan que Washington o Tel Aviv les lancen bombas los F-35. El camino hacia el lema “Mujer, Vida, Libertad” no pasa por las ruinas humeantes de Teherán. Pasa por la derrota de los mismos poderes que llevan 70 años asegurándose de que Irán nunca conozca la paz ni la democracia. El pueblo de Irán debe liberarse primero de las garras de la horrible elección entre el régimen actual y un destino peor que el de Irak, Libia y Siria juntos.

Nuestra tarea, como gente de izquierda en Occidente, consiste en presionar a nuestros gobiernos para que detengan los bombardeos. Para poner fin a las sanciones que matan de hambre a los pobres y enriquecen a los contrabandistas del régimen. Para dismantelar la maquinaria propagandística que nos dice que la guerra es paz y la ocupación es libertad. Entonces, y sólo entonces, el pueblo iraní, ejerciendo su inmenso poder propio, podrá recuperar su futuro tanto de manos de los teócratas como de sus propiciadores imperiales.

Yanis Varoufakis, Exministro de Finanzas de Grecia, dirigente del partido MeRA25 y profesor de Economía en la Universidad de Atenas. Su último libro es “Tecnofeudalismo: El sigiloso sucesor del capitalismo” (Ed. Argentina, 2024).

Fuente: <https://sinpermiso.info/textos/iran-y-la-izquierda>

Foto tomada de: <https://sinpermiso.info/textos/iran-y-la-izquierda>